

se ilusiones; el crimen está en progreso, y progreso espantoso, en la sociedad.

No recusaréis el testimonio de las estadísticas publicadas por el ministerio de Justicia. De sus datos consignados en el *Monitor*, en setiembre de 1843, resulta que en 1827 la población de Francia era de 32.049,707. En 1841 era de 34.213,927. La población aumentó en este período en una décimaséptima parte. Pues bien, según las estadísticas oficiales, el número de delincuentes aumentó relativamente al de ciudadanos, en la proporción de 3 á 17. En efecto, en 1817 el número de prevenidos y acusados de toda clase era de 65,226; en 1838, de 83,226, y en 1841 de 96,324. No es esto todo: los reincidentes aumentaron en una proporción espantosa.

En 1828, sobre 1000 *acusados*, había 108 reincidentes.

En 1841, sobre 1000 *acusados*, había 227 reincidentes, esto es, más del doble.

En 1828, sobre 1000 *prevenidos*, había 60 reincidentes.

En 1841, sobre 1000 *prevenidos*, había 154, esto es, más del triple.

En suma, resulta de los datos presentados por el ministro del interior, que sobre 18,322 condenados que contenían en enero de 1843 las cárceles centrales, había 7,365 reincidentes, ó sea, 40 por 100 del total.

CAPÍTULO IX.

Continuacion del precedente. — Estado de los hijos en las clases obreras.

El cuadro fiel que acabamos de trazar conviene igualmente á la infancia en las clases superiores que en las inferiores. El libertinaje homicida, el odio y la indiferencia por la Religión, no se encuentran menos en el palacio del rico que en la cabaña del pobre. Nos hallamos hasta en el caso de no atrevernos á decir cuanto sabemos. Como quiera que sea, en ese lúgubre cortejo de males y dolores que las doctrinas anticristianas llevan consigo, toca al hijo del pobre la más rica parte; porque de todos los seres sociales, él es el más débil y el más expuesto. Justifiquemos nuestras pala-

¹ Setiembre 1843.

bras mostrándolo tal cual es en una clase cada día más numerosa, en la clase industrial.

Sin duda que la industria no es un mal. El genio del hombre dominando los elementos, fecundando los medios más sencillos, y haciéndoles producir maravillosos resultados; la humanidad recobrando así una parte de su primitivo imperio sobre la naturaleza, es ciertamente una gran cosa. Pero el bienestar físico del hombre no es el objeto supremo de la industria, así como tampoco es el objeto supremo de Dios la creación del mundo material. Si la industria no enseña, pues, al hombre sino á vencer los elementos y domar los metales, sin enseñarle á vencerse á sí propio y á domar sus inclinaciones, ella es incompleta; si en lugar de espiritualizarlo, lo materializa, ella es peligrosa. Y preciso es reconocerlo, tal es la industria separada de la Religión. Si, la industria como la tiene la Francia es una causa activa de inmoralidad, por consiguiente de degradación, por la familia y por el hijo. Dominados exclusivamente por el egoísmo la mayor parte de los padres y de los amos, solo ven en el niño una máquina que explotar.

Por más que nos repugne trazar aquí el doloroso cuadro que la discusión de la *ley sobre el trabajo de los niños en las manufacturas*, ha expuesto á los contristados ojos de Francia, vamos á describirlo. Lo exige el objeto de esta obra. Es preciso que sepa la familia pobre qué es de ella cuando cesa de protegerla el Cristianismo; es preciso que sepa qué es á los ojos del amo que la explota; es preciso que conozca la naturaleza de las doctrinas á cuya influencia se somete. Acaso abrirá los ojos y recobrará su fuerza, no para rebelarse, sino para buscar bajo la protección de la Religión un asilo contra la impía codicia que la oprime. Por lo demás, á fin de no parecer ni exagerados, ni ignorantes de las cosas, ni *enemigos del progreso*, dejaremos por lo general hablar á hombres completamente al abrigo de estas sospechas.

Después de haber manifestado la deplorable suerte de las clases obreras en Inglaterra, la miseria profunda que las devora, la monstruosa manera de tratar á los niños, Mr. Alban de Villeneuve demuestra por los hechos, que Francia marcha rápidamente al mismo estado de cosas. Y llegará pronto á él, si no se apresura á poner un poderoso dique á las *ideas inglesas*, hacia las cuales manifiesta una admiración tan irreflexiva.

«La degradacion de la familia, el envilecimiento de la mujer, «y la esclavitud del hijo, tales son, dice Mr. de Villeneuve, las inevitables consecuencias, de largo tiempo previstas, de la aplicacion de los sistemas modernos de economía política, que han desnaturalizado el destino social del trabajo y de la industria. En la teoría de esta ciencia, producto de la filosofía del último siglo, la producción de la riqueza y los gozes que ella procura, forman el objeto principal de las sociedades; los hombres solo son apreciados como agentes mas ó menos activos de esa producción. Las consideraciones de religion, de moral y de humanidad, son tenidas por supérfluas, ya que no por perjudiciales. La antigua alianza del trabajo con las virtudes cristianas queda abolida, y solo se admite la moral del interés, porque solo ella es provechosa. Tales son los dogmas de esta nueva religion, consagrada al culto de los intereses materiales ¹.»

Descuidando los valores morales para no ocuparse mas que de la producción de las riquezas, la ciencia económica inglesa es cierto que ha sabido enseñar á una nación, á algunos individuos, el secreto de enriquecerse; pero no ha dado, ni podrá jamás dar la resolución del mayor problema de nuestra época, la equitativa distribución de los productos del trabajo. Colocando exclusivamente el destino del hombre sobre la tierra en la estrecha y grosera esfera de los sentidos, fácil le era desenvolver y justificar las doctrinas de una codicia egoista; pero rompía esos lazos que establecen la santa fraternidad humana, esos lazos que deben unir el pobre al rico, el obrero al fabricante, el fuerte al débil, el súbdito á la autoridad. Quitaba al trabajo todo objeto moral, y con él su justa recompensa.

Hay mas; en la lógica de la ciencia, la excitacion á una producción ilimitada debe tener por auxiliar necesario la excitacion al mayor consumo posible. Para obtener una producción abundante, es en efecto preciso consumir mucho, y para esto multiplicar las necesidades de la multitud y hasta creárselas nuevas.

Y como que la clase obrera forma la parte mas numerosa de los consumidores, y que tambien es necesario mantener su ardor en el trabajo, se ha querido alcanzar este doble objeto inspirando á los obreros necesidades mayores y el gusto por la novedad; pero

¹ Sesión de 23 diciembre de 1840.

como, por otra parte, para sostener la concurrencia en los mercados es preciso producir lo mas barato posible, y reducir por tanto los salarios á lo estrictamente necesario, se ha colocado realmente á los obreros entre dos causas perpétuas de miseria. Yendo mas adelante en sus sórdidas combinaciones, la ciencia ha establecido como medida previsora, que era menester asegurar á la industria una población manufacturera constantemente sometida por la necesidad de trabajo y de existencia, que se viese obligada á contentarse con el mas reducido salario.

«Estas son, no exagero, continúa el sábio economista, las rigorosas consecuencias de los principios adoptados y aplicados por la economía política inglesa, y fácil seria citar escritos célebres en que están expresadas hasta en los mismos términos. Así, se procura sistemáticamente, y á costa de la moralidad de los obreros, provocar en ellos gustos y hábitos que les eran desconocidos y que solo deberian ser la consecuencia natural de los progresos del bienestar general; y al mismo tiempo por una cruel contradicción, se quiere forzarlos á trabajar al mas bajo precio posible. En este sistema, lo repito, los hombres son únicamente considerados como productores y consumidores de valores cambiables. El ser sensible ha desaparecido á los ojos de la ciencia. Esta en sus cálculos, y hasta en su nomenclatura de los agentes de la producción, no ha hecho figurar al obrero sino como una especie de *capital acumulado*, cuyo interés se percibe por medio del salario; capital útil mientras será productivo, pero que es preciso apresurarse á desprenderse de él tan luego como no produzca lo bastante. La ciencia no se ocupa de lo que será entonces de él; y hasta está muy dispuesta á reprobear la institución de asilos caritativos que lo recogen ¹.»

Así es tambien como la escuela económica inglesa, llevada por la abstracción de sus sistemas, supone friamente el valor venal y capital de un obrero; calcula, para establecer la base de los salarios, la cantidad de alimento rigurosamente necesario á la existencia; analiza el valor intrínseco de un magistrado, de un sacerdote, de un soberano; pesa la moral, la beneficencia y la religion en el peso de la balanza comercial é industrial; estima las instituciones y las leyes en razon de sus facultades productivas ó fa-

¹ Sesión de 23 diciembre de 1840.

vorables á la produccion; y mide por esta medida el grado de respeto y de simpatía que los pueblos deben acordarles. Por mas que digan los apologistas de la escuela inglesa, es imposible que tales teorías no ocasionen la desgracia de una parte de la poblacion. Es inevitable que no propaguen mas ó menos directamente la codicia, el egoismo, el desprecio de la libertad y de la dignidad del hombre, y no conduzcan al envilecimiento de la moral y de los Gobiernos; en fin, á una verdadera anarquía social.

Basta exponer tales principios para mostrar su funesta tendencia. Pero era tanto mas necesario acaso señalarlos, cuanto las desoladoras teorías de la escuela inglesa han penetrado muy adentro en algunos ramos de nuestra administracion, y que amenazan particularmente desde algun tiempo, atacar al principio caritativo y cristiano de algunas de nuestras instituciones, y especialmente de nuestros establecimientos de beneficencia.

En efecto, mostrando la accion fatal de esas anticristianas doctrinas sobre la familia actual: «Sin duda, añade Mr. de Villeneuve, hay en Francia algunas manufacturas en que una Providencia paternal cuida de velar por la suerte de las familias de los trabajadores; pero es preciso no considerarlas sino como honrosas excepciones. En el mayor número de las manufacturas, una parte de los obreros, extenuados por un trabajo excesivo que les procura apenas con que subsistir, no pudiendo consagrar un momento á una instruccion moral, cuya importancia tampoco conocen, se ven reducidos toda la semana al estado de máquinas, y los dias de descanso se entregan á brutales desórdenes, como si quisiesen distraerse del sentimiento de su fatal destino. Nadie, como no sea la caridad cristiana, alivia su miseria, pero la caridad no tiene recursos inagotables. Y cuando la enfermedad y la miseria acosan á esos desgraciados seres, no tienen otro recurso que el hospital, y felices aun si hallan plaza en él.

«En las manufacturas que necesitan principalmente del trabajo de los niños, cuyos movimientos son mas flexibles y delicados, se ven algunos de seis á ocho años trabajar diez y seis y diez y siete horas diarias, sin cambiar de puesto ni de actitud, por espacio de trece horas al menos. Mal vestidas y mal alimentadas, esas pobres criaturas habitan frias y oscuras casas, y se ven obligadas á recorrer por la mañana la larga distancia que separa su

«morada del taller, distancia que al anochecer acaba de agotar sus ya fatigadas fuerzas. ¿Cómo resistirian á tanta fatiga esos infortunados, que ni siquiera destinar pueden algunas horas al sueño? Así es, que ese largo suplicio de todos los dias destruye su organizacion, flaca ya de nacimiento, y prepara, para los que sobreviven, una dolorosa y miserable existencia.

«Y no se crea que sea solo en los grandes talleres en los que haya causado mas desgracias el exceso de trabajo. Existen tambien en el seno de las grandes poblaciones industriales, gran número de talleres aislados que ocupan pobres familias. En ellos, la duracion del trabajo no tiene límites. El obrero y los niños que emplea, de las veinte y cuatro horas del dia, trabajan á veces diez y siete y diez y ocho. El trabajo se prolonga en proporcion á la reduccion del salario; y se trabaja, no en lugares vastos y ventilados (como lo son la mayor parte de los talleres de los grandes establecimientos), sino en cuartos estrechos, bajos, mal alumbrados, con frecuencia húmedos, insalubres, en una palabra, bajo la influencia de condiciones las mas desfavorables á la salud y al desarrollo físico de los niños.

«No quiero añadir á esa penosa descripción otros hechos que sublevarian la moral pública, y harian estremecer á la humanidad¹.»

El orador hace observar que estos hechos no son exagerados, y que se hallan ya consignados en documentos dignos de crédito.

Conocemos una parte de esos documentos, y podemos asegurar con Mr. de Villeneuve, que los desconsoladores hechos que consignan, no son sino sobrado ciertos. Sin embargo, imitando su prudente reserva, nos limitaremos á exponer aquí el estado físico de la familia obrera, sujeta á la influencia de doctrinas anticristianas². «El trabajo en las manufacturas, decia otro orador, es la causa de la desmoralizacion de las clases obreras. Las que creen lo contrario están en un error. ¿Acaso la poblacion mas flaca, mas enfermiza, mas raquítica, no es la manufacturera? Y esto es evidente, porque el exceso del trabajo perjudica al desarrollo de las facultades físicas é intelectuales, perturba el sueño, enflaquece al individuo, y hace degenerar la especie. No se podrá obje-

¹ Sesión de 23 diciembre de 1840.

² Mr. Corne, id.

«tar que los labradores, que se entregan con frecuencia á un trabajo excesivo, gocen sin embargo de buena salud, porque el lugar en que se trabaja no es el mismo. El labrador trabaja al aire libre, mientras que el industrial vive en una atmósfera cargada de miasmas, y en medio de una aglomeracion tal de individuos, que perjudica al mismo tiempo á su salud moral y material.»

Abundan pruebas en apoyo de esas tristes palabras. Comencemos por la capital. París encierra en su vasto recinto una población, cuyo estado físico y moral apenas hay quien se atreva á describir. En parte alguna acaso, excepto en Inglaterra, se hallarian familias mas degradadas. No nos asombremos. En parte alguna tampoco ha encontrado menos obstáculos la influencia de las doctrinas anticristianas. ¿Quereis ver un pueblo hecho á imagen de la filosofía y del industrialismo? Recorred ciertos cuarteles de la capital, entre otros los de Saint-Avoye y de Saint-Martin, de la montaña de Sainte-Geneviève, del arrabal Saint-Marceau y de la Cité. ¿Qué se encuentra en ellos? arroyos infectos arrastrando todas las inmundicias de las industrias que allí se explotan, paredes que exhalan tristeza, humedad y mal humor; corredores sombríos y glaciales; casas de siete pisos en que habitan obreros de cara pálida y cuerpo demacrado; vapores nauseabundos que transpiran por todas partes, de las cubas en que se fabrican vinos, de los patios en que hierve el tinte de la sombrerería, verdaderas sentinas de la peste, del cólera, del tífus, en las que los miasmas están impregnados de partículas químicas que vician el aire, corroen los pulmones, y disecan á los desgraciados que los respiran día y noche.

«¿Qué es tambien la poblacion de una parte de esos cuarteles? Una raza innoble de mendigos, de borrachos, degradados con todos los vicios, saturados de alcohol, devorados por enfermedades hediondas, no conservando de la especie humana sino la malicia y las torpes inclinaciones.

«¿Quiérese no tener duda alguna sobre la raquitiquez de una parte del pueblo bajo de la capital? Examinad el movimiento de la población parisiense en los hospitales. Desde 1825, han aumentado las entradas en progresion ascendente: Su cifra era en 1837 de 4,781 individuos, superior ya á la de 1836; y ha concluido por elevarse á 76,887.

«La proporcion de la mortalidad, que daba en 1836 un enfermo por cada 11,186, fue en 1837 de uno por 1,105; y en el hospital de niños expósitos esa cifra fue mucho mayor aun. Hay una mortalidad espantosa: hace poco era de 1 sobre 368.

«Sin haber visto de cerca la infancia indigente de París, no se sabria apreciar toda la extension del mal. Compromete, por decirlo así, toda la raza. Un sábio médico posee sobre este asunto documentos muy tristes. Se dedica especialmente á las afecciones tísicas. Observa que de cada año van en progreso. Ha llegado á calcular, que siendo incontestable la progresion hereditaria, las dos terceras partes de los pobres del distrito 9.º estarán inevitablemente sujetas en breve á su influencia¹.»

Respecto al estado moral del pueblo *industrial* de París, un hombre conocido por su talento de reducir á cifras las doctrinas y sus resultados, acaba de derramar viva, pero triste luz, sobre el estado de moralidad de la familia parisiense. Despues de haber ensalzado las ventajas de las cajas de ahorros, esa obra maestra de la filantropía, esa religion del interés popular bien entendido, monsieur Carlos Dupin discurre sobre los resultados de esta institucion, medianamente consoladores. «No solo, dice, no toma parte en ella la gran mayoría de las clases populares, sino que los que le confian sus ahorros no se los dejan por un tiempo bastante largo para poder producir resultados de algun valor.» Y lo expresa de una manera enérgica y pintoresca, diciendo que en lugar de ser el tesoro perpétuo del pueblo, las cajas de ahorros no son sino *la linterna mágica de sus economías pasajeras*. Por lo demás, felicitándose del bien que han producido en la masa general desde algunos años á esta parte, no teme Mr. Dupin levantar el velo y manifestar las hediondas llagas que devoran á esta poblacion. Recuerda que «la tercera parte del pueblo de París vive en el libertinaje, que una tercera parte de los niños que nacen en esta ciudad son bastardos, que son expuestos y abandonados una octava parte al menos de ellos, y que una tercera muere en el hospital ó en un miserable jergon.» Preciso es convenir en que este cuadro no tiene mucho de lisonjero.

Deduce de esto Mr. Dupin que es preciso hacer algo para moralizar al pueblo; que es menester predicar las grandes venta-

¹ *Influencia de las fábricas de París y de Francia sobre la salud del pueblo.*

jas de las cajas de ahorros; que es necesario alentar, honrar, recompensar la perseverancia. Esto es justo, es cierto; pero hay tambien acaso algo mas y mejor que hacer. Bajo los auspicios de la Religion se han principiado ya á asociar los obreros. La sociedad de San Francisco Javier cuenta cuatrocientos miembros en el cuartel de Saint-Antoine, los cuales inscritos todos á la Obra de la Propagacion de la Fe, se reúnen una vez al mes; asisten á algunos ejercicios religiosos alternados con alguna enseñanza científica, y una cotizacion mensual de cincuenta céntimos forma un pequeño fondo, por medio del cual se socorre á los socios desgraciados. Para ser admitido en la Asociacion solo se exige que el aspirante sea de buenas costumbres, sin que se considere como cosa indispensable que sea persona de prácticas religiosas. Pero la fuerza de asimilacion que la Religion ejerce siempre sobre las almas rectas, hace que aumenten cada dia los que marchan por la via que les traza la instruccion religiosa. ¡Quisiera el cielo no nos engañásemos augurando gran porvenir á esa Asociacion que tan maravillosamente se desarrolla en París!

Si el estado material y moral de la familia parisiense fuese la consecuencia forzosa de una grande aglomeracion de individuos en una ciudad inmensa y el resultado de los vicios, de las pasiones deletéreas que hallan siempre un desarrollo proporcionado al aumento de las masas, seria menester lamentar esa condicion y consolarse con la compensacion que presentan los departamentos; pero seria grave error abrigar esa confianza. El país entero está sometido á una perniciosa influencia que obra sobre toda la nacion. Las investigaciones estadísticas de varios economistas no dejan duda alguna sobre este punto; y las memorias de los Consejos de revision, la obra de Mr. de Villermé, y los libros de algunos extranjeros, acaban de desvanecer las que se pudiesen tener¹.

La espantosa inmoralidad de la capital, seguida de su inmunda compañera la degradacion física, ha saltado la doble valla del recinto de París y sus fortificaciones. Se ha precipitado como torrente impuro sobre los mas lejanos departamentos, y ha contagiado en ellos todos los lugares y todas las familias, en que maleado el espíritu cristiano por el industrialismo, era sobrado débil para oponerle un dique suficiente.

¹ *Influencia de las fábricas de París y de Francia sobre la salud del pueblo.*

Hé aquí en qué términos habla un célebre Prelado, de la influencia de las fábricas en el Norte de Francia. «He recorrido, dice, en todas direcciones los departamentos mas renombrados por el brillo y la prosperidad de las manufacturas, y despues de haberlo considerado todo, no he podido menos de lamentar el estado moral y sanitario de esa comarca. He temblado al saber que cuási todos esos centros industriales eran los lugares en donde la juventud de ambos sexos se entregaba á los mas reprobados excesos.

«Por efecto de esos desórdenes, se extenua de una manera alarmante una poblacion fuerte en otro tiempo y de rica sangre. Además de la corrupcion de costumbres, que mina el principio vital, existen tambien otras causas de degradacion. El temperamento de los obreros se debilita á consecuencia de su vida sedentaria y del espeso aire de los talleres. He visto á pobres niños de siete á ocho años ir por la tarde á esos palacios de la industria para trabajar en ellos de noche y recibir algunos sueldos, precio vil de su salud perdida. El color de esas víctimas del oro era pálido, su cara flaca y mal configurada, y esos desdichados niños marchaban con paso lento como si fuesen al suplicio.

«En fin, en muchos de esos establecimientos, poblados con tres ó cuatro mil obreros, el decaimiento de la naturaleza era tal, que un general que presidia la conscripcion, al ver el número de conscriptos á quienes sus enfermedades eximian del servicio, declaró en alta voz, que si el Gobierno no ponía pronto remedio á ello, ese departamento no podria dar soldados al Estado.

«Los labradores se quejan amargamente del daño que la industria les causa. En otro tiempo, me decia el alcalde de una aldea, con 300 francos pagaba á mis trabajadores; ahora apenas me bastan 1000. Si no les damos crecidos salarios, nos amenazan con ir á trabajar á las fábricas. ¡Cuánto no debe sufrir la agricultura, la verdadera riqueza del Estado, por semejante orden de cosas! Y notemos, que si se quebranta el crédito industrial, si quiebra una casa de comercio, quedan en la inaccion y miseria tres ó cuatro mil obreros. Porque esos infelices no saben economizar; gastan cuanto ganan. Y en tiempos de revolucion, que son precisamente los en que hay mayores quiebras, ¡cuán funesta no es al orden público esa poblacion de obreros ham-

«brientos que pasan de repente de la intemperancia á la indigencia! Ni siquiera les queda el recurso de hacerse labradores, porque no estando acostumbrados á las faenas del campo, no podrían resistirlas. ¿No es, pues, cosa fácil reunirlos bajo la bandera del desorden?»

Una multitud de ejemplos sacados de todos los puntos del reino confirman, generalizándola, la verdad de esta triste observación. Es sabido que en Francia, tres principales productos ocupan á la población; la industria algodonera, la de lana, y la de seda. La primera, según datos auténticos, emplea cerca de novecientos mil obreros, y entre ellos ciento cincuenta mil niños de seis á catorce años; la segunda quinientos ó seiscientos mil brazos; y la de la seda cerca de trescientos sesenta mil. Sedan, Louviers, Elbeuf, por la lana; Nimes, Lyon y Saint-Etienne, por la seda; Saint-Quentin, Nancy, Rouen, Tarare, y Mulhouse, por el algodón; son los centros en torno de los cuales gravita una población inmensa. Allí reina la industria; allí despliega su fuerza, sus vicios y sus flaquezas; porque en las aglomeraciones de individuos que necesita, si desarrolla cuanto el genio del hombre produce de más maravilloso, también propaga todas las pasiones que le embrutecen y deshonoran.

«Hemos podido, dice el ya citado economista, adquirir la triste prueba de ello, aplicando nuestros estudios á las localidades particulares dedicadas á la industria; y ya bajo el punto de vista físico, ya bajo el moral, hemos demostrado por cifras la degeneración de las razas manufactureras. Así, en los departamentos en que el algodón emplea gran número de brazos, hemos observado que los crímenes contra las personas y las propiedades son mucho más numerosos que en las otras localidades. Catorce departamentos de los más industriales han dado por sí solos cuarenta y un casos de infanticidios, mientras que en cuatro años solo se han contado en toda la Francia ciento veinte y uno. Los centros de industria tienen cuáasi doble número de expósitos. Sobre doce mil seiscientos siete mujeres inscritas en los registros de la prostitución en París, todas, por decirlo así, proceden de la clase artesana y salen de los talleres. Clasificadas esas infelices por pro-

¹ El Obispo de Estrasburgo.

«fesiones, se ha visto que los trabajos sedentarios de las fábricas daban el mayor número ¹.»

Otra observación no menos significativa se desprende de un trabajo publicado por la autoridad sobre los hechos de enajenación mental en Francia: su número se eleva á cerca de nueve mil novecientos cuarenta y dos (1843), en ochenta departamentos que han podido ser inspeccionados. En los once departamentos más industriales, sube á dos mil ochocientos cuarenta y cuatro, esto es, la tercera parte de la totalidad del país inspeccionado. Si añadís á ese triste resultado que el Sena y Sena-inferior no figuran en ese cálculo, por tener una población obrera fuera de toda proporción con las demás, se verá qué grado de intensidad alcanza la enajenación mental en los puntos donde predominan las manufacturas.

Esto respecto á la condición moral.

En cuanto á la física, los documentos oficiales contristan y espantan el alma. Consignan una degeneración manifiesta en las nuevas generaciones. Los últimos datos del ministerio de la Guerra son irrecusables.

Y no creáis que la vida manufacturera no sea la verdadera causa de semejante degeneración; los datos estadísticos sobre este asunto no os dejan duda alguna. Cada día señalan ese principio destructor las memorias de los Consejos de revisión; las mismas municipalidades de los centros industriales han dirigido exposiciones á las Cámaras, llenas del mayor interés; Mulhouse, por ejemplo, donde florecía en otro tiempo esa bella raza alsaciana, de sangre generosa, que nos había legado Luis XIV; Mulhouse misma, espantada de la degeneración de su población obrera, pidió las más urgentes medidas para determinar las condiciones de un trabajo que la mata.

El Sena-inferior había dado en 1837 un contingente de mil seiscientos y nueve hombres, y ha sido preciso eximir á dos mil cuarenta y cuatro. La ciudad de Rouen, inscrita por un contingente de ciento ochenta y cuatro hombres, ha tenido que eximir á trescientos diez y siete. En Mulhouse, se tuvieron que eximir ciento; en Elbeuf, ciento sesenta y ocho; en Nimes, ciento cuarenta y siete.

¹ Influencia de las fábricas, etc.

«Segun oficiales experimentados, la constitucion de nuestros soldados es por lo general de las mas débiles; de lo cual resulta una gran pérdida de efectivo cuando se entra en campaña. Y este defecto ha sido tan observado, que muchos escritores militares han atribuido al estado fisico de nuestro ejército los desastres que en 1813 y 1814 cayeron sobre la Francia. Sobre trescientos mil concriptos, una tercera parte, en efecto, entraba en los hospitales á los dos ó tres meses de campaña. Esos pobres muchachos, tan valientes en los campos de batalla, no tenian fuerza para llevar el fusil ni soportar largas marchas, y sucumbian víctimas de la nostalgia, del tifus, y de todas las enfermedades epidémicas que hicieron de Dresde, de Mayence, en 1813, y de Paris en 1814, vastos y gloriosos sepulcros ¹.»

Es, pues, cierto que la sociedad doméstica en Francia, bien se la examine en las clases altas, bien en las bajas, está profundamente lacerada. El acto augusto que la sirve de base está profanado; el padre, ya déspota, ya criado; la madre y la esposa despreciadas, el hijo, hecho en su vida moral y fisica el juguete de pasiones brutales y crueles; nada de afeccion, nada de lazos de familia, nada de felicidad íntima: hé aquí, lo repetimos, los tristes frutos de las doctrinas impías y degradantes predicadas en Europa desde tres siglos á esta parte. En vano la sabiduría humana ha creído poder reemplazar la virtud por el bienestar; en vano ha llamado en su auxilio á las ciencias, á las artes, á la industria. ¡Inútiles esfuerzos! El hombre no vive solo de pan. ¿Qué digo? Ese gran desarrollo dado á la vida material no ha hecho mas que aumentar la miseria del pueblo acrecentando su indigencia moral; y como resultado inevitable de haberse perdido el equilibrio, ha surgido el mal fisico inundo y devorador como un cáncer, y hombres no sospechosos demuestran que la industria actual, esto es, la industria separada de la Religion, es uno de los grandes peligros de nuestra época. Ante estos hechos, ¿cómo osar decirles que no tienen razon?

Sí, ella es peligrosa, la industria egoísta que explota al pobre en provecho del rico, peligrosa para el cuerpo, para el alma, para la libertad misma y la independencia nacional; porque enerva, diezma, y tortura una gran parte de la poblacion. Se-

¹ *Influencia de las fábricas, etc.*

guid, nosotros lo deseamos, el torrente que os arrastra hácia la produccion manufacturera; vosotros debeis hacerlo acaso, so pena de veros sobrepujados por los pueblos vecinos y ver pasar á sus manos todas vuestras riquezas, en cambio de los productos que no habréis sabido fabricar; ¿pero síguese de aquí que Francia deba sacrificar á esta necesidad el porvenir fisico y moral de sus hijos? Hay otra necesidad mas apremiante á la que debeis atender; la conservacion de vuestras riquezas morales, que son la verdadera fuerza de las naciones. En vano producís magníficos calicots, bellas telas de seda y lana; en vano trabajais el hierro en abundancia, y cubrís la Francia de caminos de hierro, si no tenéis con esto sino un pueblo sin fe, sin costumbres, sin abnegacion. Meditadlo bien, ó los principios anticristianos que os minan, ó los partidos que os dividen, ó los bárbaros que os amenazan, os despojarán de esas riquezas ganadas á costa del sudor del pueblo, á costa de su vigor, á costa de sus costumbres y de sus creencias, y á costa tambien de su honor y libertad.

CAPÍTULO X.

Medios de salvar á la Familia.

Á la vista del cuadro tan sombrío, y sin embargo tan verdadero de la familia entre nosotros, asalta al alma el desaliento. Se tienen tentaciones de cubrirse la cara y aguardar el próximo fin de una sociedad herida en el corazon. Sin embargo, el cristiano no se abate; tiene fe en una palabra eternamente poderosa. Dos veces creadora, esa palabra sacó de la nada el mundo fisico, y levantó del sepulcro de la idolatría y de la corrupcion al gran Lázaro enterrado dos mil años habia. Siempre la misma, esa palabra llama hoy aun á la vida social á las bárbaras tribus de la Oceania. Lo que ella hace en los archipiélagos del mar Pacifico, puede hacerlo tambien en Europa, en Francia; esta palabra de vida es el Cristianismo.

La familia le ha debido su redencion, su gloria, su felicidad durante los siglos de fe: no ha perdido esas nobles prerogativas sino rompiendo con la Religion. Así debe tambien el cuerpo humano su belleza y su vigor al principio que lo anima. Vivo mien-